

APUNTES TOPOGRÁFICOS
DE ULTRAFRENIA

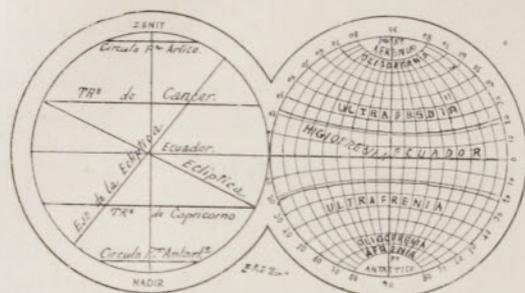


SI sobre un cráneo humano tiramos una línea circular que comience en el centro de la frente y termine en medio del occipucio, habremos trazado un *círculo máximo*, análogo al que los geógrafos imaginan en la esfera terrestre, dividiéndola en dos hemisferios y distante de cada polo 90° . Este círculo máximo sería el *Ecuador de la Razón*.

El sol de la inteligencia, como el del sistema planetario, es astro fijo. Carece de movimiento de traslación, y si lo tiene de rotación, es éste tan lento como el evolucionar de la Humanidad en la Historia.

En todos tiempos la *zona tropical* de la Razón

humana — el espacio comprendido entre la línea ecuatorial y los círculos menores, llamados *Trópicos*, de *Cáncer*,



de *Capricornio*, el otro, — ha sido siempre la misma, sin que en ella haya influído sensi-

blemente la *oblicuidad de la eclíptica*. Esta oblicuidad, en la esfera armilar es tan poca cosa, que apenas equivale á 52 segundos por cada siglo. Aun debe estimarse menor la *oblicuidad de la eclíptica del Buen sentido*, ó *Razón humana*.

Así, pues, ésta ocupa una zona vastísima, que se extiende desde el *Ecuador* hasta cada uno de los *Trópicos*. Aquí el sol del entendimiento, el juicio sano, actúa siempre con sus rayos verticales, presentándose á lo más alguno que otro eclipse, que no influye perceptiblemente ni en la temperatura, ni en el esplendor del clima. Si un nombre hubiésemos de dar á estas plácidas regiones, donde la mente evoluciona libre y en plena lozanía, llamaríamoslas regiones *Higiofrénicas*, é *Higiofrenia*⁹ á los dilatados imperios que comprenden.

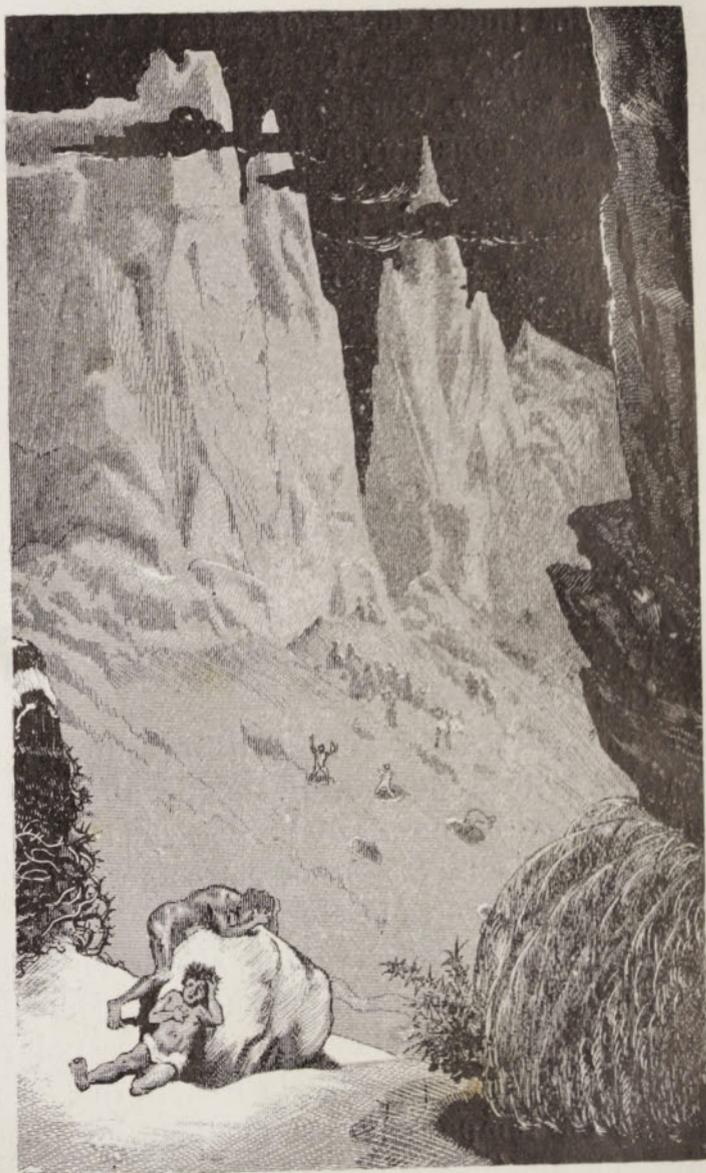
Estos antecedentes vienen al caso para determinar la latitud geográfica de *Ultrafrenia*. Este

accidentadísimo país comienza allá mismo donde aparecen los lindes de *Higiofrenia*, en uno y en otro hemisferio, y se extiende por ambos, hasta los *círculos polares*. Cuanto á los *polos* del cerebro humano, esos constituyen las lóbregas regiones de *Oligofrenia* y *Afrenia*¹⁰.

Así, pues, admitida la equivalencia de *Higiofrenia* respecto de las zonas intertropicales de nuestro planeta, y dado que á éstas les está asignada la latitud comprendida entre el *Equador* y los 30° á 35° y 55° en ambos hemisferios, tendremos que la situación geográfica de *Ultrafrenia* será la de 30° á 35° y 55° en dirección á cada uno de los polos, comenzando en este último grado las regiones *oligofrénicas*, y siendo los *polos, ártico y antártico*, ya de suyo achatados y casi sin más luz que la de las auroras boreales, los países de *Afrenia*.

En una palabra y sin ya darme humos de helenista y de geógrafo, diré: que allá donde termina la *Razón* empieza la *Locura*, siendo el término de ésta la *Demencia*, así como el desenlace de esta última es la *Muerte*.

No faltará quien observe que, siendo las zonas intertropicales las más ardorosas, así como las comprendidas entre éstas y los círculos polares las de los climas templados, la *Razón*, que siempre vive en temperamentos medios, no puede medrar en aquéllas y sí en éstas. Esta objeción



carece de fundamento, puesto que el sol de la *Razón humana* no tiene calor propio: es la *fría razón*, y todo el que tiene lo recibe de los hechos. El sol de la *Razón* no es, pues, caliente *per se*; pero sí esencialmente luminoso. El sol de la *Razón humana* alumbra, pues, perfectamente con sus rayos directos y perpendiculares á las zonas *higiofrénicas*. Las *ultrafrénicas* reciben tan sólo rayos oblicuos, insuficientes para la visión clara y distinta, y además determinan proyecciones umbrías, que constituyen un error especial, el *error morboso*, que no se disipa con el candil del consejo, ni con la *lámpara maravillosa* de la ciencia.

El sistema orográfico de *Ultrafrenia* deriva de tres cordilleras principales, llamadas *Frenalgia*, *Hiperfrenia* é *Ideofrenia* ¹¹. Hay además los montes de *Frenoplexia*, ó del *Estupor*, que carecen de derivaciones: son, por decirlo así, *autóctonos* y circundan el gran lago, sin fondo, de las aguas negras, llamado *mar melancólico*, negro ó de *Azof*.

Los montes *frenálgicos* se denominan así porque en ellos todo es tristeza, dolor moral. Peñas escuetas, simas insondables, laderas lodosas, de color de manganesa, que destilarían lágrimas á no absorberlas las áridas tierras del pecado, el pozo sin suelo de los remordimientos y los canales de desagüe de la penitencia. Coníferas, cuyas puntas tocan á las negras nubes; sauces llorones,

cuyas ramas besan la tierra, y zarzas espinosas, de moras nunca sazonadas y de catadura tánica, acerba, tal es la estructura geológica y la mísera vegetación de los montes de *Frenalgia*.



¡Cuán distinta es la topografía de las montañas de *Hiperfrenia*! En cada pico se ve un templo, en cada promontorio un trono, en cada peña un altar ó un arco de triunfo. La más culminante de las cumbres es el *Parnaso*, con su correspondiente Olimpo. Apolo preside, Terpsícore baila, declama Talía, Euterpe pulsa, no se ve bien si la lira ó la bandurria, Melpómene blande la navaja de los homicidios, Erato escribe versos de amor, Polimnia romances para ciegos, Calíope poesías épicas, Clío miente de

Historia, Urania miente aun más, pues miente de las estrellas, que es más seguro mentir,

Pues nadie puede ir
A preguntárselo á ellas.

En otra cumbre aparece el palacio del Rey

Midas: sillares de oro, puertas de oro, árboles de oro y hasta caballos de oro. El edificio está montado en peña viva de oro.

El laurel, la palmera y demás árboles simbólicos de la gloria y del triunfo, constituyen la vegetación de esos montes, en donde siempre reina sol canicular, por lo cual ni hay sombra, ni frescor, ni sueño.

Los campos son de color de escarlata; las ramas de los árboles tienen figura de cetro y sus frutos son coronas condales, ducales, reales ó imperiales y hasta se ven mitras de obispo, capelos cardenalicios y tiaras de papa. El armiño es el único *mustelídeo* que deja ver su níveo pelaje por entre los riscos de *Hiperfrenia*.



Las estribaciones de la cordillera de *Ideofrenia* comienzan más allá de las de *Frenalgia*, y extendiéndose de oriente á poniente, cruzan los montes *hiperfrénicos* y terminan en peña abrupta del lado de las regio-

nes *oligofrénicas* ó de la *Demencia*. Imposible hacer una descripción de estos montes. Allá suben hasta tocar los cuernos de la luna; acá



hay hondonadas, en que rugen las fieras de la ira y del encono; más allá mesetas, donde brincan arlequines y payasos; á la derecha, brujas y duendes, en estrepitoso aquelarre; á la izquierda, cruces, santos, santas, vírgenes y cuadros disolventes del

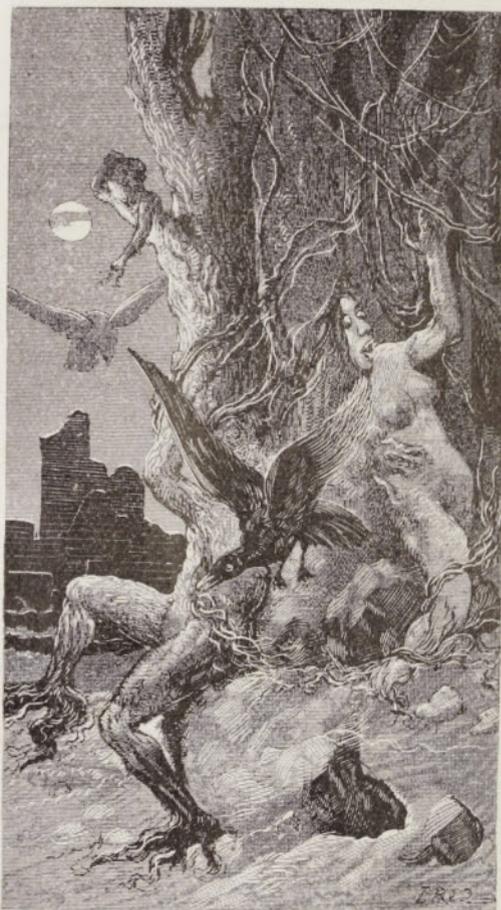
más acendrado misticismo, con su correspondiente dotación de azotes, cilicios é instrumentos del Santo Oficio, y por doquiera troncos viejos y secos, con una ó dos ramas inflexibles, de

donde penden una ó más cuerdas de cáñamo, con su correspondiente nudo corredizo.

No seré prolijo tratando de la dotación *hidrológica* de *Ultrafrenia*, por más que, en tal concepto, aventaje á muchos de los países conocidos. Sus principales ríos son: el *Enos* ¹², de aguas vinosas, con mucha espuma y mucho espíritu, las cuales gozan de merecida reputación de tónicas del estómago y estimulantes del buen humor, siempre y cuando se emplean con parsimonia, mientras que su uso abusivo — muy frecuente entre los *ultrafrenenses* — abate las fuerzas y obtunde el sentido, hasta trocar en bestia á la persona; el *Hema* ¹³, que al paso que entra rutilante, espumoso y á borbotones, sale azulenco y con marcha lánguida, después de haber atravesado la capital cerebropolitana; y, por último, el *Hidor* ¹⁴, que más bien que río, es charca difusa, que infiltra todo el territorio, procediendo en realidad sus aguas remansadas del *Hema Rutilante*, ó de entrada, y volviendo al mismo en su sección azulenca, ó de salida.

La *Flora* de *Ultrafrenia* es muy caprichosa. Plantas tan modestas y salutíferas como la *salvia*, la *valeriana* y el *árnica* ¹⁵, no nacen ni encontrarían medros en un tal clima; en cambio, las *solanáceas virosas*, el *estramonio*, el *beleño* y la *belladona* ¹⁶, así como el *eléboro blanco* y la *mandrágora* ¹⁷ son, por decirlo así, domésticas y obje-

to de esmerados cultivos. En general, es de notar que las hierbas y las matas se agigantan, volviéndose arbustos y aun árboles arrogantes, al paso que los árboles y arbolillos, pasan por tal



desmedro, que aquéllos se resuelven en arbustos y éstos en hierbas, que apenas abultan en el suelo. Las plantas que más abundan son las *lianas* y otras de la *larga* clase de las *enredaderas*, las cuales, *haciendo de su oficio*, convierten en sotos inestricables los bosques, los campos, las huertas y los jardines.

Es notable que los árboles muestren sus raíces desnudas, escuetas, retorcidas y de tal modo contorneadas y agarradas á la tierra ve-

getal, que parecen piernas, muslos, antebrazos y brazos de otros tantos Prometeos, encadenados á la peña del suplicio; no faltando, en representación arbórea, los correspondientes buitres, con las alas extendidas, que desgarran los precordios y arrancan á las víctimas las entrañas, á picotazo limpio.

Si extraña es la *Flora de Ultrafrenia*, no lo es



menos en *Fauna*. Son casi todos los mamíferos feroces: carneros que muerden y devoran cuanto les sale al paso, incluso tigres, hienas y leones; bueyes que con el rabo, se azotan los flancos, para más y mejor enfurecerse; perros y gatos en hidrofobia congénita y permanente;... todo causa horror y mucho espanto. Las ovejas y las cabras caminan sobre sus ubres; los corderos y

cabritos chupan leche de la cola de sus madres; los mosquitos tocan la trompeta, las moscas el cornetín y las arañas la bandurria; las pulgas andan patas arriba; las abejas elaboran acíbar y vinagre en sendos panales de amianto; las avispas destilan un licor de consistencia y gusto siruposos; las gallinas y los patos echan huevos por la boca; gilgueros, pardillos, ruiseñores y canarios rebuznan como pollinos y construyen sus nidos en el mar; en cambio, los peces nadan por los montes; las tortugas y cangrejos corren tan veloces que no les alcanzaría una locomotora; razón por la cual son emblema del progreso; en fin, para colmo de contrastes, hay allá la costumbre — que también se va introduciendo en *Higiofrenia* — de, en vez de colgar á los ladrones en las cruces, colgar cruces del pecho de los ladrones. Cada ladrón, á lo menos con una cruz; de cada cruz, cuelga un juez, un escribano, un cura, ... un hombre de bien.

La mortalidad en *Ultrafrenia* es muy reducida: no mueren más que los que se matan, sea por el procedimiento de Tanner-Succi, que es el más económico y preserva de indigestiones de *Ultratumba*, bien por el método detonante, confiando el éxito á una dosis de plomo en estado cónico ó esferoidal, bien imitando á las *Meregildas*, avezadas á manipulaciones hidroclóricas, bien, en fin, echando mano de la primera materia de

las de Villadiego — alpargatas — que ya fué empleado con éxito completo por el mal apóstol.

Fuera de estos casos, para morir, á los de *Ultrafrenia* les es preciso encaminarse á *Oligofrenia* y llegar hasta la helada *Afrenia*.

Lo cual equivale á decir, que la locura no es mortal, sino en cuanto conduce al suicidio ó se transforma en *Demencia*.

Doy aquí punto á estas breves notas topográficas. No es este el lugar destinado á describir los usos y costumbres de los *ultrafrenenses*: asunto es este que merece capítulo aparte, y formará el objeto del siguiente, consagrado á la *Demografía de Ultrafrenia*.



III

LA DEMOGRAFÍA DE ULTRAFRENIA. LOS ULTRAFRENOIDES



UANDO Yo, en uso de las prerrogativas que me concedió Naturaleza, vivía en Cerebrópolis, hube, más de una vez y á pesar mío, de trabar relaciones con ciertas gentes, acerca de las cuales — según lo que me fué dado contemplar desde mi observatorio, á través de mi perfecto monóculo — adquirí luego la certeza de que, si no son las tales las vesanias en carne y huesos, son sus afines y próximos parientes.

La característica fisiológica de la tal familia, consiste en la manía de trabajar por su

cuenta y razón, sustrayéndose en cuanto pueden á la vigilancia de la *Dirección general*, ó de la *Conciencia*, de cuyo centro no se desdeñan, sin embargo, de recibir órdenes, que obtemperan y cumplen con escrupulosa exactitud. Lo que no quieren, eso no, es que la Dirección se entere de lo que ellos maquinan cuando se les antoja hacer faena propia.

La agrupación abstracta de esos laborantes, hecha por filósofos cortados por el patrón de Javier de Maistre, constituye *la parte de bestia que entra en la composición de cada persona*, con lo cual necesariamente se afirma que *Yo soy la parte de persona que se halla en lo íntimo de cada bestia*.

Siendo deferente y hasta pródigo con aquel espiritual escritor, llamaré *tribu bestial* al conjunto de entidades que no tributan directamente en la Conciencia... Mas ¡á cuántos que pasan plaza de decentes les alcanza este denigrante epíteto! Si no, vamos á las pruebas: por ahí andan los más encopetados de la gran población cerebropolitana, los *Pensadores*, que se hacen lenguas de su libérrima independenciam.— «El pensamiento es libre; no hay poder capaz de contrarrestar nuestra preciada autonomía; no hay límites para nosotros; nuestro ambiente es el infinito», — repiten sin cesar, en todos los tonos de la gama... — ¡Ilusos! no reparan que

en su trabajo son tributarios incondicionales de las sensaciones; que son esclavos de la sensibilidad, y que ni tan siquiera poseen la libertad de cesar en sus trabajos cuando se les antoje.

Nadie es dueño de pensar ó dejar de pensar, ni de pensar esto ó lo otro. El pensamiento es á menudo tenaz, y por esta tenacidad resulta insistente en sus trece, contra todo esfuerzo de la voluntad consciente. Otras veces, en cambio, vuela, vuela como mariposa en torno de la llama, sin darse punto de reposo... Pensadores, orgullosos pensadores: sois autó-

matas, sois esclavos; vivís aherrojados en la ominosa ergástula del sentimiento.

La Conciencia os ve, os observa á ratos... ¿Estriba en esto vuestra aristocracia, vuestra decantada autonomía? ¿Viene de ahí la reputación de primorosas que se atribuye á vuestras obras? ¿Cuántos de vosotros nacen del más brutal automatismo, sin que de su presencia le importe á la Conciencia ni un ardite!... Corren, saltan, hilan un juicio, hilvanan y aun zurcen



un discurso, gestos mímicos, cantos, músicas y bailes, que pasan al *Cosmos* sin el *marchamo* de la suprema Dirección.



Y los *Deseos*, que no paran de golpear con los nudillos de los dedos en las vidrieras de las oficinas de la Conciencia,... ¿qué libertad tienen? Dícese que somos libres en el querer; mas el querer viene siempre del desear, y los *Deseos* nacen, crecen y mandan porque no pueden menos de nacer, crecer y mandar... Siendo así, ¿qué libertad hay en el desear y en el querer? Há-

blase de los *deseos conocidos*, que son los de las cosas que después resultan queridas...; pero ¿cuántos *deseos* hay que se pasan á la obra, sin que la Conciencia llegue á saber de ellos!... Así, pues, los *Deseos* — no diré todos — ó son tam-

bién de la *tribu bestial*, ú ofician de matuteros en los suburbios de la Conciencia y aun á las mismas barbas de esta respetable señora.

No cabe mayor similitud que la que echa de ver un ojo experto entre *Ensueños* y *Vesánias*. El *Ensueño* es *chifladura* del durmiente, así como la *Vesania* es *Ensueño* del despierto. El loco que

vuelve á la razón, suele decir: «Paréceme un sueño lo que por mí ha pasado». Los dislates de un ensueño, ¿á qué se asemejan tanto como á los disparates de la locura?

Así, pues, *Reflejismos nerviosos*, *Cerebraciones inconscientes*, *Automatismos cerebrales* y *Ensueños*¹⁸, tales son los próximos parientes de las *Vesánias*, que se albergan en la mente sana... ¿Cuál es su lazo común, su rasgo de familia?

El sustraerse á la *Dirección* de la *Conciencia*: no estar Yo en ellos. Con ellos está otro, que no es Yo; ó mejor, no está nadie. Se han segregado del *Consensus*: ha habido *alienación*, ó para hablar más castellano, *enajenación*... ¿Enajenación de qué? ¿Cuál ha sido la cosa *enajenada*?...



El individuo... la *mente*. Resultado: un *mente capto*.

Ahora bien, si es justo una vez en la vida tener razón, pretendo estar en posesión de ella en este instante, y digo: «si los moradores de *Ultrafrenia*, con todos sus pelos y señales, merecen el nombre patronímico de *ultrafrenenses*, ¿no podría Yo llamar *ultrafrenoides* á esos vecinos de *Higiofrenia* por tantos puntos similares á los primeros?... Concédame el lector esta pequeña gracia, y hágamela también de mis reiterados pecados neotécnicos...; yo, en justa correspondencia, daré punto á esta narración preliminar y pasará á ocuparme de los *ultrafrenenses* de verdad.



LOS ULTRAFRENENSES



os que tienen algún conocimiento de la admirable ciudad de *Cerebrópolis*, sea porque la hayan personalmente visitado, ó porque se hayan tomado la pena de leer el ingenioso libro titulado *Un Viaje á Cerebrópolis*, escrito por el Licenciado *Ingracias*, dado á luz por un coetáneo, coexistente, conviviente, *correspirante* y *con-*

comiente con el que publica estas MEMORIAS, sabrán que no todo es calma en el ambiente moral, político é industrial de la mencionada ciudad. Hay allá, por el contrario, muchísimo movimiento, grande agitación, incesante comercio y aun frecuentemente borrascas y hasta tempestades morbosas. Refiriéndome á estas úl-

timas, conviene saber que las hay violentas y, sobre todo, dolorosas, casi siempre que se agita la maquinaria del organismo por ese hervor de la sangre llamado *fiebre*. En otros casos, el incendio tiene su punto de partida en la capital, y entonces se enciende también la *fiebre* y



se abrasan las demás comarcas del organismo. En estos casos, se habla de *meningitis*, *encefalitis*, *meningo-encefalitis* y también de *paqui-meningitis*¹⁹. Los señores médicos, por un *itis* más ó menos, no se empachan.

Todas esas agitaciones, motines, tumultos y levantamientos de *Higiosfrenia* no tienen fama especial, y en el mundo pasan por *enfermedades comunes* del cerebro. En todos, ó en *casi* todos estos

casos me hallo Yo presente, y dicho está que donde Yo estoy, ó se restablece pronto el orden ó se acabó la fiesta de la vida, encargándose del individuo la *Neotafia*.

Hasta aquí no hay, pues, *chifladura*: agítase ó se abate la mente; se sufre por el dolor ó por los ardores que producen respectivamente la neuralgia, la inflamación ó la calentura; pero

la *Conciencia* continúa ejerciendo su acertada jefatura, y la *Razón* se conserva.

Muy otra cosa es la *chifladura*, *vesania*, ó *locura*: reina desconcierto cerebral; pero éste se establece de manera progresiva, sin levantar fiebre; cunde el desorden á todos los distritos *cerebropolitanos*, desde los de la sensibilidad á los de la inteligencia y desde éstos á los de la voluntad.

Aun hay más: como en la *enfermedad vulgar* del cerebro no se ausenta el dueño de la casa, se tiene conocimiento del mal que ocurre; se temen los que amenazan y se solicita remedio para aquél y preservativos para éstos. Lo contrario sucede en la *Vesania*: en los primeros momentos del tumulto, el amo y corregidor del cerebro está en sus oficinas; entérase de las novedades y toma toda suerte de medidas para no dejarse engañar ni vencer por los enemigos morbosos que asedian la plaza. La lucha arrecia;... los galos se hallan á las puertas de Roma;... chillan los gansos del Capitolio;... pero en vano: las centinelas del *Buen sentido*



son pasadas á cuchillo, ó bien se pronuncian en favor del enemigo. Éste allana la morada del Presidente;... al Presidente no le queda más que el valor de emigrar á uña de caballo, ó rendirse á discreción... ¿Qué podría, en tal caso, imperar, sino el caos ó la báquica anarquía?

No hay, pues, autoridad; ya no hay Gobierno en Cerebrópolis... Preguntad en los centros administrativos por lo que ocurre en el Estado, en las Provincias ó en los Municipios *cerebropolitanos*... Nadie sabe nada: unos dicen que todo va bien, rematadamente bien, á pedir de boca; otros afirman que todo marcha mal, á pedir de infierno.

¿Remedios?... ¿Qué remedios pedirá una población que no tiene conciencia de sus propios males, desenfrenada, que no siente sino el ardor de las pasiones, desbordadas en todos y en cada uno de sus individuos, y que se halla sin alcaldes, ni gobernadores, ni ministros, y sin rey ó presidente?

Sucede aquí lo que en cierta nación, que yo estimo mucho. Con la prensa, que se lamenta sin cesar, hacen coro unos pocos senadores y diputados de los que aun conservan residuos del antiguo patriotismo. «El pabellón nacional es vilipendiado por tribus bárbaras, fanatizadas por santones; se roba en el ramo de consumos; se estafa en contratos para construcciones na-

vales; se irregulariza á todo irregularizar en Ultramar»... Tales son las quejas... El Ministro interpelado responde: «que no hay tales carneros; que la prosperidad se cierne sobre la cabeza de los administrados, y que todo cuanto se escribe y vocea, no es más que el grito de los hambrientos del Presupuesto y la obra de los eternos enemigos del orden y del buen gobierno.»

¿De qué mal adolece un Ministerio que de tal modo se comporta?... Del mismo que le affige — y le affige sin que él lo conozca — al individuo en cuya mente se desencadena la tempestad de que voy hablando. Ni el Gobierno ni el individuo tienen noción clara de su propia enfermedad, ni de los peligros que les amagan; ambos ponen empeño en desconocer y negar la una y los otros; ni el uno ni el otro solicitan y ni tan siquiera aceptan, un remedio... Uno y otro están perfectamente *chiflados*... son de *Ultrafrenia*.

En resumidas cuentas, es el loco un enfermo del conocimiento, que desconoce su propia enfermedad..., por lo mismo que no tiene el conocimiento sano.

.
.



Mis ojos, ó por decirlo mejor, mi excelente telescopio, no me engañan. Allá, en los *tálamos ópticos*, junto á la cinta blanca que los separa de los *cuerpos estriados*, en una palabra, en mi propio palacio de marras, han fijado una proclama, que mejor se llamaría asqueroso pasquín.

Leo:

JUNTA REVOLUCIONARIA

« ULTRAFRENENSES :

» Acudid.

» Ha llegado nuestra vez; la tiranía ha sucumbido al impulso de la fuerza brutal, que es la nuestra.

» Queda desocupado el infame palacio de la *Conciencia*: es preciso orearle.

» El Presidente ha huído como un cobarde. Se le busca, para hacerle justicia en su cabeza.

» Todas las cadenas quedan rotas.

» No hay ya categorías ni servidumbres.

» Libres sois en vuestras aspiraciones y de vuestro trabajo. Esta Junta os lo garantiza.

» Quedan cerradas las puertas de salida de la capital. Aquí no se rehusa á nadie; vengan de donde vinieren, todos pueden entrar. Todos son libres de hacer las manifestaciones que gusten, mientras no salgan de la ciudad.

» *No se dan salidas.*

» Queda la capital de *Ultrafrenia* declarada en estado de *Extasis ó Estupor*, que da lo mismo.

» *Ultrafrenenses*: procurad que esto dure mucho.

» ¡Viva la libertad!

» ¡Viva la anarquía!

» ¡Viva la bronca!

» ¡Viva la gresca!

» *Nueva-Cerebrópolis 30 de Octubre de 186...*»

Hay un sello alegórico: es la diosa Razón, patas arriba.

La orla dice:

«*Non ragonar da niente.*»

.....
 ¡Cómo las turbas se apilan ante el cartel! ¡Qué tumulto! ¡Qué agitación más extraña! Es una olla podrida, que hierve á más no poder.

Unos brincan como endemoniados; otros corren y se esconden cual gazapos; otros se encaraman en la espalda de los que están leyendo y, apoyándose con las manos en la cara, les tapan



los ojos; aquél chilla; éste patalea; el otro pisa el callo á un viejo y se escapa como un rayo;



otro tira la zancadilla y hace caer de bruces á uno que no estaba para estas bromas; otro escupe á los ojos de un prósbita; el de allá vocifera como alma en pena; un anciano hace la mamola á un pillote arrodillado, que reza el *Confiteor*; una dama encofetada silba como un mozo de mulas; una monja tira reniegos y enseña rolliza pantorrilla; tres bailarinas piden el

Viático; un señor mayor, que calza gafas azules, arrolla con mucho aliento el cordelito de una peonza; un obispo hurta el pañuelo á un municipal, que lo advierte y continúa impassible; allá se ve un inglés que saca la cuenta de la lavandera; más lejos se descubre á un alienista de

mucho empaque, que se las come verdes, pues se propone clasificar las vesanias por su asiento anatómico... Unos gritan, aúllan otros; otros lloran ó gimen, otros graznan ó braman... Campanas, castañuelas, cascabeles, violines, flautas, trompetas y tambores, todo suena y resuena á la vez; humos de azufre, amoníaco, sulfidohídrico, mirra é incienso, todo humea á un tiempo; pechugas de ave, revalenta arábiga, guindillas de Calahorra, salchichones de Vich, cebollas, chuletas y rábanos crudos y fritos, todo sabe á la vez; cosquillas, besos, alfilerazos, puñaladas y trancazos, que hacen cardenales, de todo cae á la vez y de todo reciben los circunstancias curiosos.

.
Lector: no sé cómo salir de mis apuros. Entre tanta revoltina, ¿cómo describir con método la población *ultrafrénica*?...

A mi auxilio viene ahora un nuevo cartel, que acaban de colgar del balcón central del vacío palacio de la *Conciencia*.

Dice así el cartel:

«La Junta Revolucionaria ha resuelto celebrar una *Gran Locura*. A fin de que todos los ultrafrenenses, sin distinción de clases ni categorías, puedan tomar parte en acto tan patriótico, decreta:

»ARTÍCULO ÚNICO: Quedan constituídos en sesión permanente, para deliberar sobre el expresado proyecto, en el ex palacio de la ex presidencia: en el día de hoy, las *Alucinaciones é Ilusiones*, y en el de mañana, los *Delirios é Impulsos*.

»De todo se dará cuenta y razón, y lo que fuere sonará».

De este úkase gubernamental colijo: que la población *ultrafrénica* está formada de *Alucinaciones, Ilusiones, Delirios é Impulsos*.

Es cuanto puedo decir hasta el presente, ateniéndome á las impresiones que recibo. Como no abandono el catalejo, no ha de faltar materia para el capítulo siguiente.



UN GALIMATÍAS. — TEMPESTAD EN PUERTA.

¡ORDEN! ¡ORDEN!



Como el palacio ex-mío es transparente, hasta cierto punto, porque las paredes, aun cuando de color de café con leche, son de material muy fino, y como en mi precipitada huída no tuve solaz para apagar la luz, — que entonces lo era de la *Razón*, así como ahora lo es de la *Sin-razón*, — veo perfectamente, desde mi tienda, cuanto ocurre allá dentro.

Abrese la puerta principal del palacio: por ella se precipita en tropel toda la gente femenina. Todo son empujones, empellones, coscorriones y codazos, para entrar las primeras. En el vestíbulo del salón del trono, se entabla viva

querella entre *ópticas* y *acústicas*. Una de éstas, con el vestido lleno de solfas, se encara con otra de aquéllas, cuya nariz viene montada por lindos espejuelos de cristal de roca, con marco similar.

— Tengamos la fiesta en paz, — dice la de las solfas. — ¡Paso á la falange acústica! ¿quién en esplendores y compases podría compararse con una *Semifusa*?

— Alto ahí, brava persona, — dice una *Corchera*, — si usted tiene muchos compases, yo puedo tener muchos *bemoles*.

— Pues yo, para servir á ustedes, — replica una *Mínima*, — dispongo de muchos *sostenidos*.

— Eso es farsa, — dice la óptica antes citada; — aquí la aristocracia empieza y concluye en las de mi rango. ¿Qué sois las acústicas sino las esclavas del *Lenguaje* y de la *Música*? No tenéis expresión propia. Entráis, sí; pero ya no podéis salir sin ajeno auxilio. A ver... producid una modulación de sonido por vosotras mismas... haced un signo — no pido más que un signo — que exteriorice el efecto que habéis causado en Cerebrópolis... Sin el complicado mecanismo de la *fonacia* y del habla y sin ins-



trumentos de viento ó de cuerda, ¿quién tendría noción de vuestra existencia? Diréis que no falta quien habla moviendo las orejas; mas, tengo para mí, que esa mímica auricular, en la que debió ser gran maestro cierto rey de la Frigia, cuando aparece en algún humano, constituye un argumento en favor del incomparable Darwin. Además, vosotras no proporcionáis sino los elementos burdos de las ideas... ; Qué de trabajo no se necesita para llegar á componer con vuestros materiales, una palabra, un discurso, un libro, una polka, un schotisk ó una misa de *Requiem*! Nosotras no: las ópticas vivimos de nosotras mismas: el color, la extensión, la figura, y hasta el relieve y la distancia, — cuando hay un poco de práctica, — todo lo ofrecemos hecho y derecho. Tenemos además lenguaje propio: lenguaje insinuante, lenguaje universal... ¿Quién desconoce el lenguaje de los ojos? En cambio, — ya lo he apun-



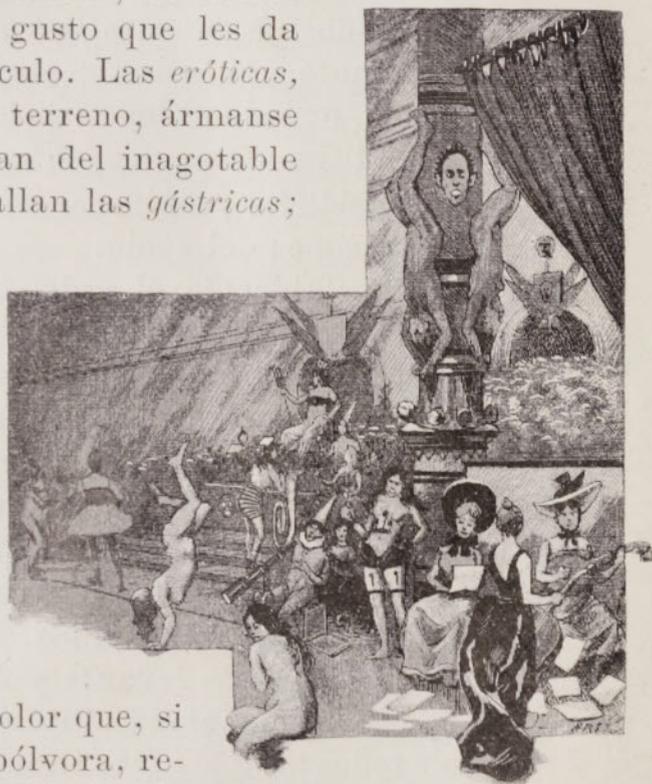
tado, — el lenguaje de las orejas no es humano, ó es muy primitivo, antediluviano: es lenguaje de bestias: *Veluti pécora, quæ Natura finxit prona atquæ obedientia ventri*. Si la alcurnia cerebro-politana arranca de la inteligencia, ¿qué sensaciones podrían competir con las que nacemos en los ojos?... De todo lo cual infiero, que nadie tiene derecho á entrar antes que nosotras en el palacio de la *Conciencia*.

A un *batutazo* de *Semifusa* rompen estrepitosas todas las acústicas: campanas, tambores, clarines, bombos, flautas, zambombas, violines, cornetas, cantos, alaridos, silbidos, chillidos, y gaitas,... todos, á quien más puede, hacen de las suyas. A otro golpe de batuta de la Directora, que debe ser la señal de *alto el fuego*, se restablece el silencio... Adelántase el *Do de pecho*, y lo da diciendo: «¡Adelante y á ellas!»

Las ópticas, atronadas por la descarga cerrada de las acústicas, se tapan los oídos con las manos, de lo cual resulta que ya no pueden combatir. Aterradas por el estruendo, ya sólo oponen resistencia pasiva... Pero *nobleza obliga*: sus cuerpos, inflamados por el heroísmo hereditario, amontónanse formando alta barricada en el dintel de la puerta del salón. Vencidas y ultrajadas por la muchedumbre, son todas *pasadas por ojo* por las vencedoras. Las *tactiles* descargan puñetazos á diestro y siniestro en todo lo que les

viene á mano; no las mueve ardor guerrero, sino instintiva afición á la *boxa*. Las *olfativas*, como el gallego del cuento, dicen: «Huéleme que habría palos;» y, en efecto, los hay *urbi et orbis*. Las *gustuales*, que no están afiliadas á ningún partido y que lo mismo les da ser las primeras que las últimas de entrar, se lamen dedos y labios del gusto que les da el edificante espectáculo. Las *eróticas*, temerosas de perder terreno, ármanse de dardos, que toman del inagotable carcaj de Cupido. Callan las *gástricas*; las *faríngeas* piden agua, para apagar la sed que causa el ardor del combate;... las *estercoráceas*, en fin, hacen su bajo papel — pero sin papel — dejando como testimonio irrecusable de su mala educación, un olor que, si bien no es el de la pólvora, recuerda sobradamente la combinación del azufre con el hidrógeno y el amoníaco.

Las *acústicas*, á cuya cabeza está siempre *Semifusa*, ocupan los sillones á derecha é iz-



quierda de la tarima del trono. Dicho está que éste se lo reserva para su uso la capitana. Las *ópticas*, que han debido ceder á regañadientes, se sientan en los bancos de terciopelo carmesí, que están contiguos á la tarima; de las *tactiles*, unas se codean — por puro gusto de codear — con las *ópticas*, mientras que otras ocupan las filas subsiguientes; *olfativas* y *gustuales* se colocan juntas, á la cola; serpenteando por el estrado, ocupan el lugar que pueden las *eróticas*, y por último, las *viscerales*, avergonzadas de las mucosidades propias, se esconden en los ángulos y rincones del salón.

Restablecido el orden — no por obra de autoridad, sino por el cansancio de la lucha, — Semifusa, la presidenta, *por sufragio universal*, manda pasar á la del día, oficiando de secretaria de la mesa la más joven, que lo es una de las *eróticas*, llamada por mal nombre *Pudenda*.

Semifusa se levanta y dice:

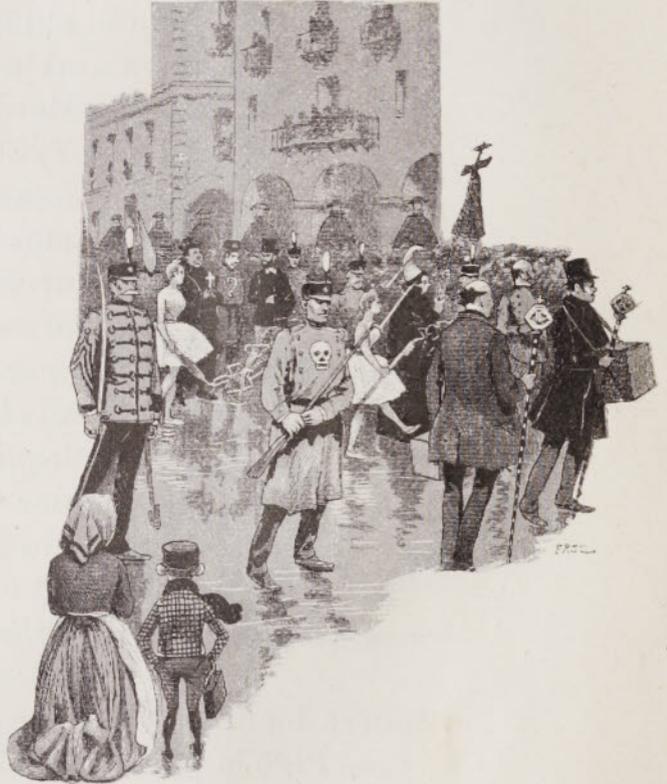
— Alucinaciones é Ilusiones de todos los distritos, altos, medianos y bajos de esta gran capital...: compañeras: nos congrega en este histórico recinto un decreto de la Muy Poderosa Junta Revolucionaria de Nueva-Cerebrópolis,



cuyo inconmensurable patriotismo le ha inspirado la idea de celebrar una *Gran Locura*, en que tengan genuina representación todas las fuerzas vivas de *Ultrafrenia*. Y, como nosotras, en uso del derecho que nos compete, hemos sido llamadas las primeras, — esto es, antes que los *Delirios* y los *Impulsos*, — es lícito pensar que la que se va á hacer será una *gran locura alucinatoria, en medio del estupor melancólico*, que ha sido decretado para la capital. Trabajemos, pues, con ahinco y sin descansar, á fin de hacer una obra digna de nuestra historia. Nosotras, las *acústicas*, hemos sido violentamente aludidas por una de nuestras consortes, las *ópticas*, la cual ha expuesto las razones de ciertas preeminencias de nacimiento; razones que no me propongo rebatir en este instante, pues los actuales momentos no lo son de lucha, sino de paz, paz y trabajo, y buen concierto entre todas nosotras, á fin de que la obra reúna todas las perfecciones posibles. ¿Qué dirían los *Delirios*, qué harían los *Impulsos*, si no les presentásemos un cuadro estético alucinatorio del todo idéntico al de las sensaciones hígidas, ó normales? ¿Qué fundamento tendrían nuestros vecinos para desplegar sus bríos y talentos *ultrafrénicos*, si no fuesen de ley los productos que nosotras ofreciésemos? Si se omitiera ó fuese insuficiente nuestra cooperación, lo que resultaría no sería una *locura*,

sino un *sueño*, ó, por mejor decir, un *ensueño*, que es *flor*, si no *de un día, de una noche*. Digámoslo, puesto que es verdad, —y sirva mi franca declaración de desagravio para las ópticas y cuantas puedan haberse sentido ofendidas por nuestro comportamiento en el vestíbulo, — tratándose de entendimientos sanos, nadie, en el orbe estético, es superior á las sensaciones luminosas; pero, siendo cosa de *chiflar un cerebro* por la vía de las sensaciones morbosas, las *acústicas* damos quince y raya á las más pintadas, incluidas las ópticas... No hay poder equivalente al de nuestras *alucinaciones é ilusiones*. Somos primero campanadas, trompetadas, silbidos, zumbidos, arroyos, ó gritos; luego nos transformamos en campanarios, bandas de regimiento, ríos revueltos, mares tempestuosos, interjecciones, insultos y discursos. Al principio, todos se ríen de nosotras; luego ya dudan de nuestro realismo é interioridad; al fin nadie dificulta que seamos sensaciones verdaderas, *cantantes ó sonantes* y aun á veces, *parlantes, cantantes y sonantes* al mismo tiempo. Alquilamos piso, no por meses, sino por años y años...: guapo ha de ser el que nos obligue á levantar el domicilio, aun cuando nos sigan juicio de desahucio por falta de pago ó por pagar en moneda no muy católica. Por esto defendemos aquí nuestra primacía, nuestra prioridad, nuestra indiscutible superio-

ridad, en tiempos de locura. Sea la paz con nosotras y concertemos nuestra tarea. Declaremos ser de la misma laya *alucinaciones é ilusiones*, cualquiera que sea el sentido de donde procedan. Fuera distingos filosóficos, en que se han entretenido médicos demasiado metafísicos. Que un sabroso salchichón de Vich, colgante de un clavo del techo de la despensa, se le antoje á uno que es el cuerpo del Iscariote que vendió al Maestro, y que á otro, donde no hay salchichón, ni clavo, ni techo, ni cosa que cuelgue, vea también el cadáver del apóstol suicida, ¿qué más da? ¿No mienten con igual perfección, respecto de la realidad óptica, la *ilusión*, de que es ejemplo lo primero, y la *alucinación*, de que lo es lo segundo? Esto por lo que hace á las *ópticas*, — con lo cual se echará de ver que no carezco de sus noticias, — lo mismo diría de una de nos-



otras: al clamor de la campana de la oración, uno oye trompetas, que le anuncian su marcha triunfal en sentido del cadalso; tal otro, sin que haya campanas, ni campanario, ni campanero, oye las mismas cornetas de su juicio final. ¿Qué más le da al infeliz, que por obra de su propia



PEPA TRAUMA

chifladura se ve conducido al expiatorio catafalco? Esto sentado, *erudimini*. Trabajemos de acuerdo unas y otras y propongamos un sistema completo de *alucinaciones é ilusiones acústicas, ópticas, táctiles, gustuales, olfativas, eróticas y viscerales*, que merezca los honores de ser aceptado por la Junta Revolucionaria y transmitido, sin adición ni desmoche, á los *Delirios* y á los *Impulsos*, para que resulte una ver-

dadera locura, una locura completa.

— Pido la palabra, — dice una táctil, á quien llaman *Pepa Trauma*²⁰.

— Usted la tiene.

Es la *Trauma* una mocetona de pelo en pecho y toda carne y huesos. Cada una de sus manos pesa dos kilos. Las tiene sembradas de

desolladuras, y en cada nudillo de los dedos ostenta un callo, indicio de su profesión. Dicho va con esto, que su voz es de amazona de los mercados.

— Señoras: yo propongo que se nombre una comisión ponente, formada de una alucinación de cada distrito, para que, sin levantar mano, redacte un informe razonado, á fin de que éste sea al punto sometido á discusión y votación.



LA PRESIDENTA. — La proposición de la Trauma, paréceme conducente á un fin práctico; la considero aceptable. Si alguna quiere apoyarla ó impugnarla, puede usar de la palabra.

(Un murmullo general).
— ¡Que se vote! ¡que se vote!

LA PRESIDENTA. — Se va á proceder á la votación. Las que aprueben, se tocarán la punta de la nariz con el pulgar y estirarán la mano midiendo el palmo; las que no, darán un pellizco á la del lado.

No se oye ningún quejido, — señal de que no hay pellizcos, ni, por consiguiente, votos negati-

vos,—en cambio, en cada semblante se levanta una mamola. El conjunto es deliciosamente inhalarante.

LA PRESIDENTA. — Queda aprobada la proposición de la Trauma. La mesa indicará la Comisión informadora.

Cinco minutos de silencio; la Presidenta escribe y luego dice:

— Pudenda va á dar lectura de los nombres de las señoras comisionadas.

PUDENDA (*leyendo*). — Presidenta, en representación del distrito acústico: *Semifusa*.

Vocales: en representación de las *ópticas* — *Fosforita*, la de los espejuelos.

De las *táctiles* — la *Trauma*.

De las *gustuales* — *Piperita*.

De las *olfativas* — *Pituitosa*.

De las *viscerales superiores* — *Ptialita*.

De las *viscerales inferiores* — *Cólica*.

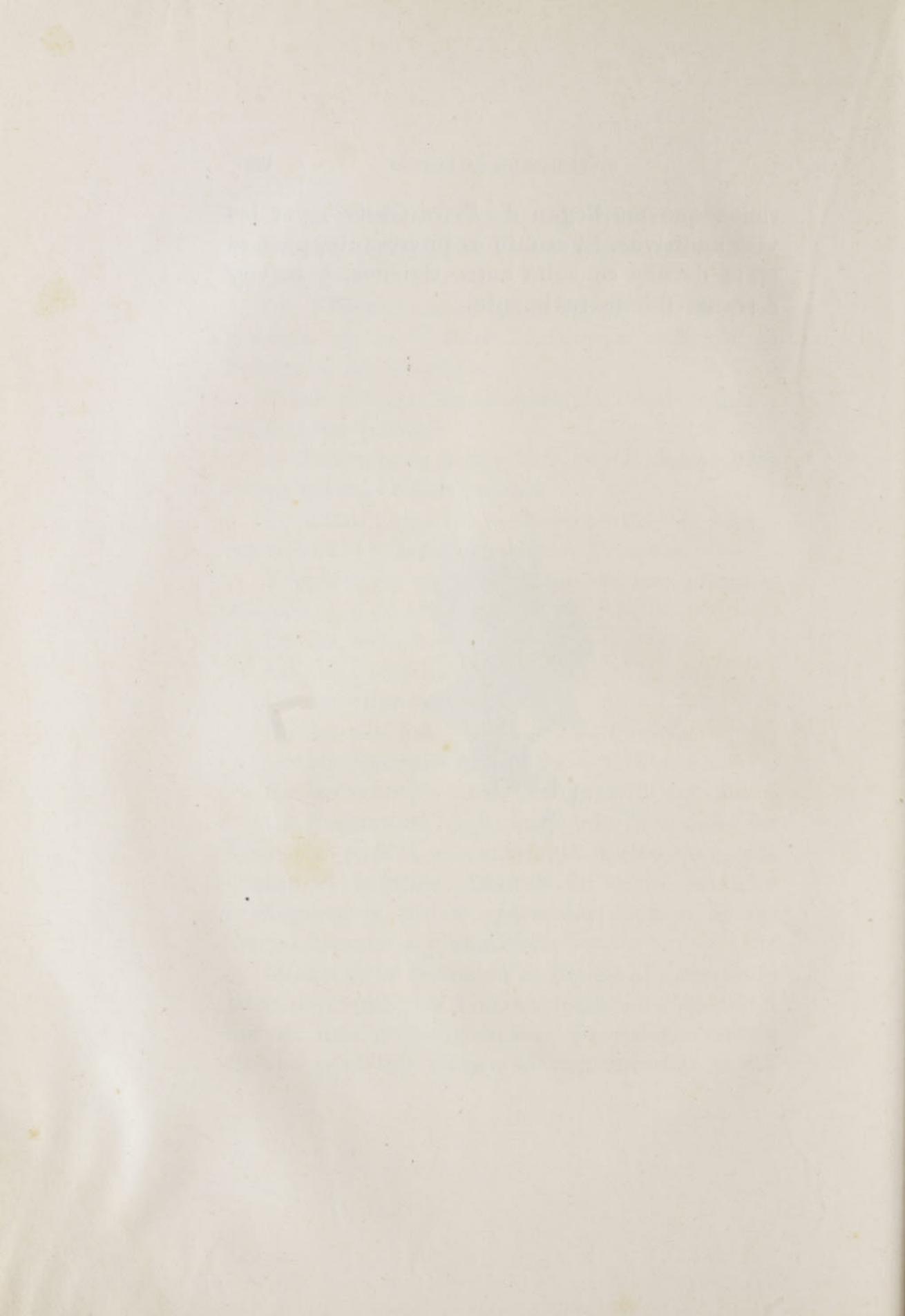
De las *eróticas* — una servidora de ustedes.

LA PRESIDENTA. — Se suspende la sesión. La Comisión pasará al ventrículo medio, para redactar el Informe. Dentro de veinte minutos continuará la sesión, para dar lectura al Informe, discutirlo y votarlo.

Mientras la Comisión se dirige al ventrículo para deliberar, las Alucinaciones se disponen á dormir una pequeña siesta. Yo aprovecharé el tiempo para dar cuenta de importantísimas no-

ticias que me llegan de *Extra-Cerebro*, por las vías auditivas. El asunto es interesante, pues se trata de una consulta entre Galenos, y la voy á transcribir textualmente.





VI

ENTRE GALENOS



A lo he dicho: mi posición estratégica para escribir estas MEMORIAS es inmejorable. Todas las salidas de *Cerebrópolis* están cerradas: la Junta Revolucionaria ha declarado á la ciudad en estado de *Estupor*.

Pero este orden de cosas no alcanza á *Cerebelópolis*, ni reza, por consiguiente, con la tienda que me sirve de tugurio. Aquí, en el ventrículo cuarto, está la oficina acústica, la cual por este lado tiene expeditas las comunicaciones. Oigo, pues, cuanto por ahí fuera se dice — aun cuando no lo vea, — y como tengo buena mano, buena tinta, etc., etc., escribo con

el *cálamus scriptorius*, cuyas barbas son nada menos que las raíces de los nervios auditivos.

— Apoplejía, don Antonio, apoplejía. La carótida, harta de miedo, ha estallado y ha convertido al encéfalo en una charca de negros cuajarones, empapados en suero negro. Mi larga práctica me ha enseñado que, si esto no lo remedia, una sangría *ad deliquium*, *volaverunt vel volavere...* ¡Chica! Antonia... dale un puñado de alfalfa á la mulita.



— ¿Es la misma bestia que compró usted al señor ecónomo mosén Pascasio?

— Sí, señor; y que ha salido de calidad. Mire usted, por el tiento sabe las casas donde hay enfermo; me lleva allá, y, si no receta, es porque para esto me basto yo.

— Todo lo contrario con mi jaquita, que pagué por buena al gitano de Xulé. Es en extremo devota: ha convertido mi visita en un *vía-crucis*.

A la hora de hoy, ya me ha invitado seis veces á adorar el santo suelo. Suerte que en sus muchos pecados lleva la penitencia. Mírele usted las rodillas cómo las tiene de cascadas, peladas, desolladas y ensangrentadas. Si no enmienda, dentro de poco será un caso de doble *hígroma*.

— Poco grano, don Vicente, poco grano. Es preciso amar al prójimo como á nosotros mismos. El abdomen de usted hace rápidos progresos, y es indispensable condolerse de los que van debajo.

— Pues, mire usted, don Antonio, se equivocan los que piensan que esto es debilidad y que yo ando escaso con mi jaca. Ayer, sin ir más lejos, se cenó la sopa de toda la familia; en lo cual no tuve reparo, porque ella — la jaquita — no tiene escrúpulo de moscas, de las cuales había tres entre dos aguas, ó por mejor decir, entre dos caldos. Ya ve usted que la doy tratamiento antropológico.

— Oiga... ahora llega el caballo de espadas.

— ¡Ah!, si el niño Agapito Zuriago... ²¹ Ahora es el indispensable en todas las consultas; la moda, la moda... Y que no se da importancia el nene... Ya verá usted las teorías de escuela que nos espeta. Mucha teoría..., pero ni pizca de sentido práctico.

— Señores: suplico á ustedes disimulen mi



tardanza... Como el río baja turbio y grueso, he tenido que dar un rodeo de un cuarto de hora, con lo cual no contaba.

— ¡Ah! la juventud; siempre atolondrada. Agapito, es preciso tener más atenciones con los mayores en edad, saber y gobierno. No nos enfadamos por esto. Vamos al caso, si á ti te parece. Como aquí no hay médico de cabecera, pues todos llegamos á un mismo tiempo, tú, Agapito, harás la relación del caso clínico y expondrás tu parecer el primero.

— No hallo inconveniente. Pasemos á la alcoba.

Cinco minutos de silencio. Sigo yo pluma en ristre... Empieza la consulta... Habla don Agapito.

— De informes que me he procurado al entrar, resulta: que en los antecedentes morbosos de este joven figuran, como hechos de herencia, una madre neuropática y dos tías devotísimas. No pretendo decir que la devoción sea cosa frenopática; pero los extremos del misticismo indican falta de robustez mental. Este joven recibió una educación exageradamente afectiva: hubo en ella un sobrante de *cariños que matan*. Saltó, sin gradación, de la niñez á la pubertad. Su inflamable espíritu cayó de repente en la llama del amor. Sopló viento afortunado para la pasión y se avivó la llama. Fué ésta dardo

de soplete, que oxida y reduce. Iba el joven á saborear los más altos favores de Cupido, y en el instante en que la sangre le hervía en los nervios, vióse envuelto en el frío sudario de la muerte. Un ataúd, como llovido del cielo, vino á ser tálamo de un amor primero, en el álgido período. A él y á su linda pareja, la bella Rosita,



el hálito frío de la tumba les cuajó el espíritu... por sorpresa. El cerebro es como un lago: arrojad en éste una piedrecita y determinaréis en sus antes tranquilas aguas un sinnúmero de círculos, que se llaman de *difusión*, porque son cada vez más vastos, hasta que se estrellan en las orillas. Así se conmueven las regiones del encéfalo por las impresiones que á ellas acarrean los sentidos. Cuando el lago se hiela, ya no le conmueven

piedrecitas ni sacudidas aun más fuertes; no se producen *círculos de difusión*, ó por lo menos, éstos no alcanzan á las orillas. Cosa análoga ocurre en este cerebro, que está *inhibido*: la *inhibición* es al cerebro lo que la congelación al lago. Esto es *estupor*, *éxtasis* ó *frenoplexia*. Véase, si no, el cuadro sintomatológico. Los ojos del enfermo están fijos: clavados ora al suelo, ora al techo, cual si mirase siempre á un mismo objeto; contraída está la fisonomía:



apenas cuenta quince años, y tiene cara de viejo. Levantado de la cama por impulso ajeno, cuelgan inmóviles y rígidos sus brazos; si se le sienta y se le obliga á encorvarse, conserva indefinidamente la actitud que se le ha impreso. Sus músculos están rígi-

dos: á diferencia de lo que ocurre en los *catalépticos*, las contracturas musculares de los *extáticos* son de muy difícil vencer; diríase que en el *éxtasis* los músculos son de hierro, y de cera en la *catalepsia*. En vano se solicita del enfermo una respuesta: hay *mutismo frenopático*; aun cuando se le pellizque ó pinche, su laringe no produce

sonidos. Conócese, no obstante, que son sentidos los estímulos doloríficos: su semblante se ha contraído visiblemente al influjo de los ensayos estetioscópicos, ó de la sensibilidad. No está abolida la sensibilidad moral: cuando le hemos hablado de Rosita, no ha gemido ni suspirado; pero ha corrido una lágrima por sus mejillas. No quiere comer, ni beber, ni tomar medicinas: no obedecen estas negativas á impotencia de la deglución, ni á ausencia de sensaciones de hambre y sed, sino á una voz alucinatoria que ordena estas resistencias pasivas. ¿Qué es de la sensibilidad de este sujeto? ¿Ve, oye, percibe impresiones de frío, calor y dolor y sabores y olores? ¿Atiende á las necesidades naturales de excreción?... Parece este enfermo una estatua... ¿Hay carencia de sensibilidad ó ausencia de medios de expresar las sensaciones, ideas, juicios y las consiguientes voliciones que se forman en el sensorio? El estado de los movimientos reflejos — los que están fuera de los alcances de la voluntad — puede servirnos de guía para resolver esta difícil cuestión. [Hay estúpidos cuyas pupilas se mantienen inmóviles á la luz: éstos no ven; pero las pupilas de nuestro joven se agrandan y achican según de ellas se aparta ó se aleja la llama de una vela: nuestro enfermo ve. Hay estúpidos á quienes se les puede introducir el mango de una cuchara en la garganta, sin que por esto se

provoque la náusea: éstos carecen de impresionabilidad faríngea;... nuestro enfermo ha echado una bocanada de jugo estomacal al hacer este ensayo: es que tiene sensible el tragadero. Hay estúpidos en quienes, por fuertes que sean los estímulos sensoriales que se les aplican, ni el pulso ni el corazón modifican su ritmo: en éstos está abolida la sensibilidad general;... en nuestro enfermo, á beneficio de estímulos cutáneos, hemos visto coloreársele el semblante y aun me ha parecido que se conmovía el pulso: nuestro enfermo conserva, pues, la sensibilidad de la piel. De lo expuesto colijo: que en nuestro extático hay una rebaja de la sensibilidad, así general como especial; pero esta facultad subsiste. En cambio, está suspendida la motilidad voluntaria y, con ella, los medios de expresión. Es, pues, un caso de *frenoplexia*, en el que, con esas apariencias de quietismo absoluto, se efectúa en la mente una verdadera revolución de alucinaciones, que darán pie á los más extraños delirios y desplegarán toda la escena frenopática sobre un fondo de tristeza, ó melancolía, que no es posible ponderar con ninguna de las aflicciones que salen al paso en la existencia normal del hombre. Así y todo, considero á este joven perfectamente curable, en un período que no pasaría de tres meses, si su familia, atemperándose á los consejos de la ciencia médica y sobreponiéndose

á afectos que no dirige la razón y que, ahora más que nunca, engendran *cariños que matan*, resolviese pronto colocarle en un asilo frenopático bien dispuesto: en *un manicomio que no lo pareciese*; en donde, á más de hallarse sustraído á impresiones que fomentan las alucinaciones y aumentan los dislates del delirio, podría recibir un tratamiento físico conveniente, que, á mi modo de ver, debería tener por base la hidroterapia y los bromuros alcalinos. Si así no se hace, es de temer que empiece el deshielo: cese la inhibición en las regiones encefálicas que dirigen los movimientos y las expresiones; el delirio se quitará entonces la máscara y veremos el cuadro de la *mania melancólica*, con delirio alucinatorio, hasta los más altos grados del furor, si ya no es que el suicidio haya puesto término á la tremenda escena morbosa que amenaza. Quizás después el delirio se *sistematice*; quizás las alucinaciones se concentren alrededor de un objeto, y el enfermo presente los caracteres de un *monomaniaco*. Malo; porque en tal caso el mal sería incurable; el pobre chico viviría vida de loco, para morir demente. En fin, señores, he abusado de la atención de ustedes, y al paso que espero consejos de su superior ilustración y consumada práctica, solicito sean indulgentes con éste, que ha sido uno de mis primeros ensayos clínicos.

— Bien, Agapito, bien; has hablado como un libro. Se conoce que tienes buena memoria y que durante la carrera no has perdido el tiempo. Tu padre siempre me lo decía; pero yo no lo quería creer, porque los devaneos de la juventud suelen causar lamentables distraccio-



nes. Tu padre, sin embargo, era más práctico; y en un tal caso, de seguro que se despachaba con una sangría de á libra. ¿Qué opina usted, don Vicente?

— En cuanto á mí, todo me hace al caso, menos la *inhibición*. A esa manía de inventar nombres, que ahora se ha desarrollado entre los jóvenes, la considero muy perniciosa, y por más

que dé cierto brillo á las palabras, no conduce á nada útil.

— Con perdón de ustedes, debo manifestar que, si bien estoy de acuerdo en que no es cosa buena inventar nombres nuevos para cosas viejas, opino que es indispensable crear nomenclatura para las cosas y hechos nuevamente descubiertos. ¡La *inhibición!*... claro está que la inhibición no es cosa de los vasos, ni de la sangre, ni de la nutrición de los tejidos: es una propiedad que tiene la substancia nerviosa de alternar en la función y en la inacción. Donde quiera existe esta alternativa, hay nervios de por medio. Los fenómenos de la inacción son fenómenos de parada — *d'arrêt*, como dicen los franceses. — Picando con uná aguja el bulbo raquídeo, se produce un *arrêt* tan general y tan completo, que cesa inmediatamente la vida. Esto lo saben los *puntilleros* del arte taurino. El sueño fisiológico es otro fenómeno de parada, y lo mismo digo del *hipnotismo provocado*, que tanto maravilla á los que no se quieren tomar la pena de estudiar las cosas nuevas. Ni uno ni otro sueño son debidos á defecto ni á exceso de sangre en el cerebro: hay congestiones cerebrales que desvelan, y también desvela la anemia cerebral. Haya congestión, anemia ó derrame de serosidad en los centros nerviosos,— cosas que alternativamente han demostrado las

autopsias hechas en cadáveres de estúpidos, — no son las tales lesiones causa del *estupor*, sino efectos consecutivos, necesarios, del estado de *inhibición* en que se halla la materia nerviosa. Para comprender la *inhibición* y darse cuenta aproximada de su manera de ser, basta comparar momentáneamente la substancia nerviosa á un imán. Tritúrese y examínese molecularmente, con todos los auxilios del análisis, lo que poco antes de la disgregación era un imán: ¿en qué se le hallará diferente de la materia de una barra de hierro que no esté imantada? Algo parecida debe ser la *inhibición* á la *inconductibilidad* que, para ciertos fluidos, presentan determinados cuerpos. El secreto está en la intimidad de los varios átomos: contentémonos con la noción del fenómeno y renunciemos generosamente á la investigación de su esencia. El *estupor* es, pues, un fenómeno de suspensión, — *d'arrêt*, — en virtud del cual las funciones cerebrales están parcialmente suspendidas, así para los actos de la inteligencia, como para los de la sensibilidad y motilidad voluntarias... Suplico á usted, señor don Vicente, se dé por satisfecho con estas explicaciones, pues me parece que me están ustedes sometiendo á un examen... y ya los tengo hechos todos, incluso los de las Reválidas de la Licenciatura y Doctorado.

— Y bien satisfecho que estoy de ti, querido

Agapito, y digo lo mismo que don Antonio: eres un joven de provecho;... cuando tendrás práctica, valdrás muchísimo... Ahora, inclinándonos al caso de la consulta, soy de parecer que no debemos aconsejar el manicomio. Si tal hiciéramos, además de aumentar la pesadumbre de la familia, saldríamos notablemente perjudicados... La carrera, ilustrado joven, tiene flores y espinas: justo es que quien se expone á los abrojos reciba el perfume de las flores. Además, como dicen los franceses: *il y a vivre et savoir vivre*.

— Si entramos en este terreno, venerables colegas, tendré el sentimiento de separarme de ustedes al instante, y diré particularmente á los interesados mi manera de ver... Decente cosa es, señores míos, cobrar honorarios, *decentes* también, por nuestros servicios; pero otra cosa y muy otra, es ocultar la verdad á la familia, para transformarse en exutorio permanente del peculio de los desventurados.

— Cálmate, Agapito, cálmate;... no digas más y se hará como tú pides.

— Es que si tales son las cosas que me ha de enseñar la práctica de mi profesión,... renunciaría á la práctica, don Antonio. Jamás mi padre, que usted dice fué su amigo, abusó de modo tan inaudito del título de médico.

— Señores,— dice una voz femenina, muy

sonora: — el chocolate aguarda á ustedes. Sír-
vanse pasar al salón.

.
En este instante, la Comisión informadora
vuelve á entrar en el salón del trono... Yo me
pego de nuevo al catalejo de Silvio.

